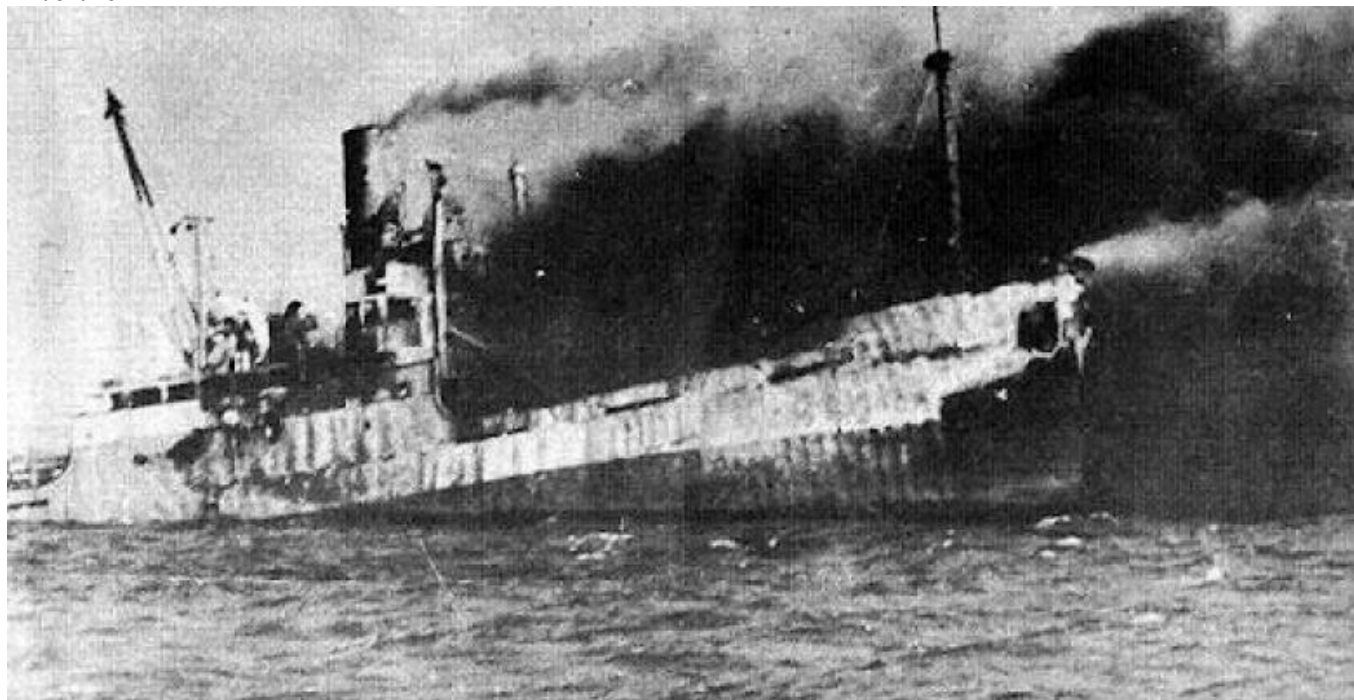

Pasajes para no olvidar de la Victoria de Playa Girón

Por: Jorge Wejebe Cobo / ACN

17/04/2024



Poco antes de morir Dwight Eisenhower, el primer presidente que enfrentó a la naciente Revolución del primero de enero de 1959, confesó en sus memorias: "En cuestión de semanas, después que Castro entrara en La Habana, nosotros, en el gobierno, comenzamos a examinar las medidas que podían ser efectivas para reprimir a Castro".

En consecuencia, desde inicios de 1960 se emprendió la Operación Pluto que conllevaría a la invasión de una brigada de más de mil mercenarios con apoyo aéreo y marítimo en Bahía de Cochinos el 17 de abril de 1961, que contemplaba, además, una incursión previa de bombardeos a los principales aeropuertos para eliminar la exigua Fuerza Aérea Revolucionaria.

Esa sería la maniobra principal de preludeo a la agresión concebida dentro de un programa de acciones terroristas en todo el país, para lo cual fueron infiltradas por vía aérea y marítima unas 75 toneladas de explosivos y 46,5 toneladas de armas y otros medios destinados a organizaciones urbanas y bandas de alzados en el campo, dirigidas por la CIA.

Al asumir la Casa Blanca en enero de 1961, la Operación Pluto fue heredada por el presidente demócrata John F. Kennedy, quien tuvo dudas en la buena conducción del plan y, según documentos desclasificados, impuso a la CIA de sus condiciones: bajo ninguna circunstancia debería aparecer vinculado el gobierno estadounidense a la invasión.

Pero el joven mandatario se dejó persuadir, la brigada invasora partió desde sus bases en Guatemala y Nicaragua, despedida por un jefe de la Agencia Central de Inteligencia que aseguró la alucinante profecía de que al llegar a tierra cubana tomarían sus transportes y emprenderían un paseo por la Carretera Central hasta La Habana sin tirar un tiro, vitoreados por el pueblo como sus libertadores.

Fracasaron desde el inicio, cuando el 15 de abril los intentos de destruir la Fuerza Aérea Revolucionaria con los bombardeos de ese día a los aeropuertos de Ciudad Libertad, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba estuvieron muy lejos de acabar con los aviones cubanos previamente desconcentrados en lugares protegidos.

Por el contrario, de los ocho aviones agresores B-26 con falsas insignias cubanas que agredieron los aeródromos más de la mitad resultaron alcanzados por las defensas antiaéreas y aquella malograda embestida solo sirvió para eliminar el factor sorpresa del ataque.

En esas horas decisivas las Fuerzas Armadas Revolucionarias, junto a los Órganos de la Seguridad del Estado y apoyadas por el pueblo organizado en los Comités de Defensa de la Revolución, realizaron una amplia y rápida acción para la detención de la base contrarrevolucionaria en todo el país, en lo que se bautizó popularmente como la recogida de gusanos que hizo imposible desestabilizar la nación con métodos terroristas.

El artero bombardeo recibió la más dura y valiente respuesta cuando el Comandante en Jefe Fidel Castro, el 16 de abril de 1961, además de denunciar la agresión en curso declaró el carácter socialista de la Revolución y llamó a la movilización general, durante el entierro de las víctimas del ataque a Ciudad Libertad en La Habana, en acto improvisado cercano a la entrada del Cementerio de Colón y ante lo que parecía a todas luces una inminente agresión directa de EE.UU.

En esas horas el plenario de la ONU en New York se convirtió en el campo de batalla contra las mentiras de Washington en sus esfuerzos por presentar el hecho como una sublevación interna, intento que fue desmontado palabra por palabra por el Canciller cubano Raúl Roa, quien ganó la simpatía y el apoyo de la mayoría de los países del Tercer Mundo, en especial América Latina, y del entonces Campo Socialista que hicieron venirse abajo gran parte de los planes mediáticos del imperialismo.

Para entonces comenzó a desarrollarse en las mentes más lúcidas del gobierno estadounidense un sentimiento de equivocación antes de que llegara el primer mercenario a costa cubana.

El entonces asesor presidencial de Kennedy, Arthur M. Schlesinger, escribió un reporte al mandatario en el que expresó:

“La realidad es que Fidel Castro resultó ser un enemigo mucho más formidable y estar al mando de un régimen mucho mejor organizado de lo que nadie había supuesto. Sus patrullas localizaron la invasión casi en el primer momento. Sus aviones reaccionaron con rapidez y vigor. Su policía eliminó cualquier posibilidad de rebelión detrás de las líneas. Sus soldados permanecieron leales y combatieron bravamente.”

Pero más allá de las apreciaciones estadounidenses, en el campo de batalla se daría la última palabra. Durante la madrugada del 17 de abril de 1961 en las costas de Playa Girón y Playa Larga un grupo de mercenarios al arribar fue enfrentado por pequeñas guarniciones de milicianos que respondieron con plomo y fuego y les hicieron las primeras bajas como adelanto de lo que les esperaba.

El día 19, se libraría la batalla final dirigida en el terreno por el Comandante en Jefe Fidel Castro, al frente de la columna de tanques, infantería y junto a aviones de nuestra fuerza aérea que bajo su orden hundieron los barcos de apoyo logístico en las primeras 48 horas de la invasión, con lo cual se hizo imposible la idea estratégica de la Operación Pluto para establecer por lo menos por 72 horas una cabeza de playa para el nombramiento de un gobierno títere que solicitaría la intervención directa estadounidense.

Con la victoria de Playa Girón se demostró lo que hasta ese momento parecía una quimera y paralizaba el pensamiento revolucionario en la región y sobre todo en nuestro país, una pequeña Isla que a solo 90 millas de EE.UU. pudo quebrar para siempre medio siglo de dominación del imperialismo yanqui y levantó las esperanzas a otros pueblos sumidos por dictaduras apoyadas por Washington.